

GUAYASAMIN

GENERAL
TORNALONICA

La América Latina colonial. La América
precolonial y la conquista

AMÉRICA LATINA

HISTORIA DE

Leslie Bethell, ed.

Capítulo 3

LAS SOCIEDADES ANDINAS ANTES DE 1532*

Cuando la región andina fue invadida por las tropas de Pizarro en 1532, hablan pasado ya cuarenta años desde la caída tanto de Granada como de las primeras islas del Caribe ante los castellanos; más de veinte años desde la invasión de Mesoamérica. Una generación entera de europeos —casi dos— se habían familiarizado ya con las costumbres de los «imtales» y los «indios». Los hijos engendrados en el Nuevo Mundo ya eran adultos; hablaban las lenguas de sus madres. Padres e hijos oían relatos de otros parajes, aún más remotos y más ricos, situados más allá de Panamá, en la Mar del Sur. Rumores acerca de sociedades como las andinas abundaban entre los colonizadores de Nicaragua y el Istmo; hay quien cree que las noticias habrían llegado hasta el Brasil. Un portugués, Aleixo Garcia, escuchó lo suficiente en aquella tierra para acompañar a una incursión de los chiriguanoes contra el altiplano; entrando desde el sudeste atacaron las instalaciones inka, al menos cinco años antes de que Pizarro las invadiera desde el norte. Años después de que el clan de los Pizarro hiciera valer sus derechos sobre el mundo andino, otros peninsulares seguían pretendiendo que ellos habían sido los primeros en oír hablar de estos reinos. Nuestro conocimiento de las civilizaciones andinas antes de 1532 parte de tales relatos y crónicas posteriores de testigos presenciales. Es un conocimiento muy incompleto; incluso la colectividad de los estudiosos no siempre es consciente de lo

* El autor y el redactor desean reconocer la ayuda de la Dra. Olivia Harris, del Goldsmiths' College en Londres, por su labor en la preparación final de este capítulo.
1. En la actualidad unos diez millones de personas hablan quechua y aymara. En 1956, el Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en La Paz, optó por una norma ortográfica para la escritura de estas lenguas; este criterio se usará aquí. Puesto que por lo menos seis fonemas distintas se transcribieron en la colonia con una sola letra c, el Congreso recomendó que cada una de las seis fuera cuidadosamente separada. Por esto se escribe *inka* y no inca; *hipu* y no quipo. Las letras *ch*, *py* y *t* pueden inducir a confusión ya que en las lenguas andinas cada una de ellas puede ser glotalizada, aspirada o llana. Así *mit'a*, para evitar la confusión con palabras similiares que carezcan de glotalización. En 1975, el gobierno peruano declaró el quechua como una de las lenguas oficiales del país que se puede usar en las escuelas, en los tribunales y otros lugares públicos. El aymara es de uso frecuente en la radio y la televisión de La Paz.

fragmentario de la documentación que queda. La arqueología podría ayudarnos si no fuera por la posición marginal que esta disciplina ocupa todavía en las repúblicas andinas (en fuerte contraste con México). Millones habrán leído la *Oda a Machu Picchu* de Pablo Neruda; millones más habrán visitado el monumento, pero nadie sabe cual segmento de la sociedad inca habitaba el lugar. Esto no desanima las ideas sucesivas de arqueólogos que «restauran» el asentamiento, pero muy pocos, si es que los hay, arqueólogos se ganan la vida en la antigua ciudad. Casi no hay excavaciones serias de este paisaje urbano casi vertical; faltan análisis serios de las técnicas de edificación y de planeamiento urbano que distinguen Machu Picchu de otros centros urbanos en los Andes.

Paradójicamente, períodos muchos más antiguos, algunos fechados miles de años antes de los incas, parecen ser más accesibles y se han estudiado minuciosamente, particularmente los detalles de su cerámica. Aspectos decorativos de otras artesanas, especialmente los tejidos —el arte mayor en los Andes— han sido todos ellos catalogados, fotografiados y protegidos. Pero a medida que nos acercamos a 1532, cuando el estado andino fue destruido y aspillado en los centenares de grupos étnicos que lo componían, lo menos probable es que aprendamos lo indispensable de la arqueología inca, tal como se practica hoy en día. Casi todo cuanto tenemos depende de los relatos escritos de aquellos que «estuvieron allí».

De cierto modo, estos relatos son notables: a sólo dos años después del desastre en Cajamarca, donde el rey Atahualpa [Atahualpa] fue capturado, se publicaron en Sevilla dos relatos describiendo estos acontecimientos, en una época cuando las comunicaciones transatlánticas eran lentas y la impresión de libros peligrosas. Uno de estos relatos era el informe oficial de los Pizarro, escrito por su primer escribano, Francisco de Xerez; éste se esforzó en establecer que suya era la «verdadera relación» (*Verdadera relación de la conquista del Perú* [1534]) ya que otro testigo presencial, Cristóbal de Mena, se le había adelantado en la impresión. Y anteriormente a estos dos, en una feria anual celebrada en Lyon, buhoneros ya ofrecían a los mercaderes allí reunidos desde el Rin al Piamonte, hojas sueltas impresas, que describían el rescate multimillonario de Atahualpa.

Los estudiosos tienden a lamentar las deficiencias de tales informes; cada especialista ha preparado un interrogatorio cuyas preguntas quedan sin respuesta. Aunque los bales folklóricos representan, incluso en la actualidad, el encuentro de los inca y los soldados europeos, ya no nos ayudan a recuperar la tradición oral dinástica, 450 años después de los acontecimientos. Algunos de los más antiguos relatos, hechos por los extranjeros han sido comúnmente conocidos durante mucho tiempo, pero no quedan muchos. El siglo XIX fue el gran período en el que se desenterraron y publicaron estas primeras descripciones; la mayoría se había publicado incluso antes, W. H. Prescott había tenido acceso a ellos. Es extraordinario como su informe *The Conquest of Peru* [1847], todavía se lee hoy, más de 140 años desde su publicación. Esto se debe, creemos, menos a la comprensión que Prescott tenía de las civilizaciones precolumbinas, cuanto al limitado tiempo que los investigadores contemporáneos invierten en la búsqueda de nuevas fuentes, además de la superficialidad de la arqueología inca antes aludida.

El único estudio importante en este campo fue Marcos Jiménez de la Espada, muy activo en tal búsqueda y la consecuente publicación hace cien años. Lo hacía mientras se ganaba la vida como conservador de archivos y batracios en el Museo

de Historia Natural de Madrid. Como actividad suplementaria publicó las fuentes manuscritas ya usadas por Prescott y otras que el investigador de Nueva Inglaterra nunca alcanzó a ver. Por 1908, cuando el alemán Pletschmann localizó en Copenhague algo verdaderamente sin precedente, una «carta» de 1,200 páginas dirigida al rey de España, escrita e ilustrada por un «yndio» andino alrededor de 1615, ya la urgencia que había movido a Jimenez a publicar fuentes primarias inéditas se había esfumado. Pasaron 28 años más antes de que los agraviados de Waman Puma [Guamán Poma] (*Nueva Corónica y Buen Gobierno*) se vieran impresos. Desde entonces, se han localizado nuevos textos desconocidos, la mayoría de ellos, por Hermann Timbora de Bonn, pero es notable ver cómo la obra de Prescott se parece a la de Cunow (1896), Baudin (1928), Rowe (1946), Murra (1955), y, más recientemente, Hemming (1970). Todos ellos usan más o menos las mismas fuentes, y si difieren lo hacen en materia de interpretación e ideología.

En los últimos treinta años, se han disipado algunos de los misterios, especialmente en lo que se refiere al estado inca. Se han hecho algunos progresos al comprenderse la articulación de los grupos étnicos locales a los incas, por el estudio de los hitos, o por registros demográficos o de tributos recopilados en las primeras décadas del dominio europeo. Todavía es un hecho claro que el estudio de John H. Rowe sobre las formas de gobierno en los Andes centrales, «Inca culture at the time of the Spanish Conquest» publicado hace casi 40 años (1946) en el *Handbook of South American Indians*, es todavía una acertada declaración de nuestros conocimientos en etnohistoria. Sondar la vida cotidiana y la organización de los estados andinos queda pendiente. Es un trabajo a largo plazo para acometer seriamente cuando los arqueólogos y etnólogos aprendan a trabajar juntos, y cuando las cinco repúblicas que han heredado la tradición andina —Bolivia, Perú, Ecuador, Chile, Argentina— decidan que la herencia es verdaderamente suya.

Mientras tanto, advertimos que los primeros observadores del siglo XVI llegaron a ciertas conclusiones que los estudios modernos han confirmado. En primer lugar, el paisaje no se parecía en nada a lo que los observadores habían visto ni oído antes. Algunos eran soldados que habían servido en Italia, México, Guatemala, Egipto o el norte de África, pero en los Andes las montañas eran más altas, las noches más frías y los días más calurosos, los valles más profundos, los desiertos más secos, las distancias más largas de lo que las palabras podían describir.

En segundo lugar, el país era rico, y no sólo en términos de lo que pudieran llevarse de allí. Había riqueza en cuanto al número de personas y sus habilidades, las maravillas tecnológicas que se observaban en la construcción, la metalurgia, ingeniería civil, los sistemas de riego, o la fabricación textil («los cristianos tomaron la que quisieron y todavía quedaban las cosas [los depósitos de tejidos] tan llenas que parecía no haber hecho falta la que fue tomada...»).² En tercer lugar, el reino había sido sometido al gobierno de un príncipe, unas tres o cuatro generaciones antes de 1532. Y desde los primeros días tras el triunfo español en Cajamarca, observadores cuidadosos se preguntaban cómo esta autori-

2. Francisco de Xerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú* [1534], Madrid, 1947, p. 334.

dad, gobernando a tanta gente separada por su particular geografía, se habla de un modo tan fácilmente.

Si bien básicamente ciertas, cada una de estas conclusiones puede admitir reforzamiento. Aunque se encuentra completamente localizada entre los dos trópicos, la geografía andina tiene pocas analogías —si es que las hay— para el hombre en otras latitudes. Por ejemplo, las regiones con la mayor densidad de población se encuentran sumamente altas. En 1532 (como hoy, en realidad) vivía más gente en el altiplano alrededor del lago Titicaca que en ninguna otra parte. Esto angustia no sólo a los planificadores enviados por organismos internacionales; incluso los economistas locales revelan a menudo su exasperación. Contemplan una enorme población de mestizos, que intentan arañar la vida bajo lo que el forastero citadino percibe como circunstancias desalentadoras. ¿Por qué una población agrícola tan numerosa insiste en cultivar unas tierras en las que se pueden esperar más de 300 noches de heladas al año?

Un paso importante de cara a la comprensión de la geografía andina se dio en los últimos años veinte, cuando el investigador alemán Carl Troll realizó un trabajo de campo en Bolivia. En 1931 publicó lo que todavía es la obra de mayor influencia sobre los múltiples y variados «nichos» que existen en el paisaje creado por la estrecha proximidad entre cada una de las cordilleras, los desiertos costeros y las selvas del Amazonas.³ Hace notar que las gráficas clásicas de lluvias y temperaturas están inadecuadas y erróneas, en los informes para esta región. Para registrar los extremos andinos en cualquier período determinado de 24 horas, Troll ideó unas gráficas nuevas. Anteriormente, había descubierto que la terminología científica desatrollada en otra parte no describía los climas locales; mucho de su vocabulario lo adquirió de la práctica etnográfica andina. Evidentemente, uno puede meter con calzador la *puna* andina en la cesta de la compra de la estepa o de la sabana misma, pero esto implica una grave pérdida de especificidad. Estas praderas tropicales, aunque frías y altas, se han cultivado durante mucho tiempo, quizá incluso antes de que se hubieran talado todos los árboles; durante milenios, la mayoría de los pueblos andinos han vivido allí. No sólo los incas, sino estructuras de estado más antiguas (Tiwanaqui, Waru) surgieron en la puna; Troll consideró que esto podría ser un indicador significativo de las potencialidades que la mayoría de los observadores contemporáneos no alcanzan a comprender.

La agricultura andina sólo ha atraído la atención de los agrónomos recientemente. La fácil adaptación por los campesinos de cultivos europeos y africanos —cebada, caña de azúcar, la uva, plátanos— ha enmascarado su apego a los cultivos resistentes y de implantación local minuciosamente adaptados a las condiciones andinas. Nadie sabe cuántos cultivos se sembraban para el 1532; muchos ya se han perdido y otros tardaron en extinguirse, sufriendo por su baja posición, a pesar de sus probados valores nutritivos. Cuando se estudia la cantidad de tubérculos (de los que la *papa* es tan sólo el más conocido) o el *tarwi* (un lupino rico en grasas) o la *kinwa* (un cereal de las grandes altitudes, con fuerte contenido en proteínas) o la hoja de coca que apaga la sed, se advierte lo aborigen y prístino que era el complejo agri-

3. Carl Troll, «Die geographische Grundlagen der Andinen Kulturen und des Inkareichs», en *Ibero-Amerikanisches Archiv*, V, Berlin, 1931. Del mismo autor, *The geo-ecology of the mountainous regions of the tropical Americas*, Bonn, 1968.

cola andino. Algunos de los cultivos (maíz, batatas) se descubrieron en todo el continente, pero en el sur ninguno era materia prima, aunque algunos se consideraran productos exóticos altamente apreciados.

Sin embargo, en las circunstancias andinas no era suficiente tener una perfecta adaptación local. Hay muy pocas tierras de cada una de las variedades. Los buenos pastos pueden estar muy lejos. Incluso si se comparan los productos de dos o tres niveles vecinos, no se podría proporcionar las bases para la formación de una gran población o la creación de un estado. Si los pueblos andinos quisieran ejemplificar las hambrunas, llenar sus propios graneros y los de sus señores y dioses, tendrían que afrontar los cambios abruptos de las condiciones geográficas, no sólo como unas desventajas o limitaciones, sino como ventajas potenciales. Esto se consiguió muy pronto en los Andes, incluso por los grupos humanos reducidos que en el curso de un solo año podían pescar, cosechar y cultivar huertos en varios pisos. A medida que la población crecía, empezaron a aprovecharse recursos en pisos cada vez más lejanos, abajo en la zona seca costera si vivían en la cordillera occidental, o en los bosques de las estribaciones de los Andes si su tierra base estaba en la cadena oriental.

En la agricultura andina, la adaptación enfrentaba otra desventaja: los cambios bruscos de temperatura desde las noches glaciales a los días tropicales. En el altiplano, la región más densamente poblada, se registran frecuentemente diferencias de 30 °C e incluso mayores en un período de 24 horas. Esta aparente desventaja se transformó también en una ventaja de adaptación: en una fecha todavía desconocida en la historia andina, todo tejido vegetal, pero especialmente las miles de variedades de tubérculos y todas las pulpas silvestres y cultivadas empezaron a sufrir un proceso: se helaban durante la noche, secándose al sol tropical al día siguiente. Los tejidos helados y secos eran muchos, pero dos nombres hablan continuado siendo de uso más general: *ch'utu* y *ch'arki*. La mayor parte de ellos no sólo eran fáciles de transportar, sino que podían permanecer indefinidamente bajo las condiciones de la puna.

Dentro de semejantes adaptaciones y transformaciones del medio ambiente, el tamaño de los estados andinos variaba desde unos cientos de familias hasta unos 25,000 o 30,000 unidades domésticas, con una población total que, quizá, alcanzaría los 150,000 habitantes; cuando un estado como el Tawantinsuyu de los incas los incorporaba, la población podría alcanzar los 5 millones o más.⁴ La ampliación en la escala de los estados condujo a cambios en la situación y las funciones de los asentamientos dispersos. En el valle de Huallaga, en el actual Perú central, los primeros registros europeos identificaron varios grupos étnicos, de los cuales el más numeroso era el chupaychu, al que se le atribuyeron 4.000 familias en el sistema decimal de cálculo andino. Otros dan cuenta en el valle de algunos con 400 «fuegos». Independientemente del tamaño, en 1549, cada grupo mencionado poseía huertos en los que se cultivaba la hoja de coca, situados a unos tres o cuatro días de camino, desde el asentamiento principal:

preguntado si los yndios que están la coca son naturales de la tierra o mitimases pues los de otra parte y de donde son naturales dijo que los tres yndios que están en la coca

4. Sobre la población del Perú en 1532, las estimaciones recientes la cifran en 2 a 9 millones; véase la «Nota sobre la población nativa de América en vísperas de las invasiones europeas», *infra* pp. 120-121

de Pichomachay son el uno del pueblo de Pecta otro de Aicor y otro de Guacas y que están puestos allí del tiempo del Inga y que estos se mudan cuando se muere la mujer o cuando ellos se mueren ponen otro en su lugar y que en la coca de Chinchao hay otros dos yndios uno es del pueblo Rondo y otro de Chumichu ...

Este testimonio fue registrado en 1549, tan sólo siete años después de romperse la resistencia local a la invasión. La hoja de coca de Chinchao se menciona de nuevo:

en este mismo día visitamos ... en Chinchao 33 yndios que son coca camayos de todos las parcialidades de los chupaychos los cuales 20 de estos ya están visitados y contados en sus mismos pueblos donde son naturales.

De este testimonio, poco común en la historiografía andina por su meticulosidad y lo prematuro de su fecha, observamos que estos colonos fueron enviados desde cada aldea de las tierras altas; permaneciendo en las tierras bajas durante la vida de la pareja, porque el censo andino no contaba a los solteros ni viudos; sin embargo, continuaban ligados a los registros de sus *khipu*, aunque estuvieran físicamente ausentes de su lugar de origen. A distancias similares, de dos a cuatro días de camino, otros colonos cuidaban rebanos de camélidos, excavaban para buscar sal, cortaban madera o cultivaban pimientos y algodón. En el valle del Huallaga, la hoja de coca y la sal eran compartidas por los habitantes de las cercanías: algunas de las minas de sal estaban instaladas a 6 y 8 días de las leños de «casas».

Los pueblos principales de esta zona fueron localizados por debajo de la línea de los 3,000 m, en un *inku*, el lugar de encuentro de dos zonas ecológicas, en donde podían conseguirse fácilmente los tubérculos y el maíz, a menos de una jornada de camino, arriba y abajo del pueblo.⁵

En otras condiciones geográficas, donde era imposible este fácil acceso a las tierras del maíz, ya que los asentamientos nucleares se elevaban a 3,500 e incluso a 3,800 m de altitud—muy cerca de los rebanos de camélidos—no se podía trabajar mucho tiempo en los campos de maíz y regresar en el mismo día. En el densamente poblado altiplano del lago Titicaca,⁶ el maíz, como un cereal del rito de la hospitalidad, era todavía indispensable, pero ahora era cultivado por colonos permanentes, en parcelas situadas a varios días de casa, según el modelo descrito anteriormente para los cultivos de la hoja de coca. El mayor tamaño del poblado hacía posible enviar colonias mas grandes y establecerlas muchos días lejos. El reino ayмара de los Inpagas había enviado verdaderas muchedumbres hasta el desierto de la costa, a diez y a veces incluso quince días lejos del núcleo. Thierry Saignes ha estudiado recientemente el acceso de todos los pueblos que circundan el Titicaca a las «islas» de las tierras bajas, al este del lago; allí, la madera, la hoja de coca y la miel, así como el maíz, podían estar al cuidado directo de la propia familia o de quienes dependían de ella.⁷

5. Inigo Ortiz de Zúñiga, *Vista de la Provincia de León de Huánuco* [1562], I, Huánuco, Perú, 1967, p. 44; *ibid.*, pp. 303-304.
6. Garcilópez de San Miguel, *Vista hecha a la Provincia de Chucuito* [1567], Lima, 1964, p. 109.
7. Thierry Saignes, «De la filiation à la résidence: les ethnies dans les vallées de Larreccha», *AESC*, 33/5-6 (1978), pp. 1, 160-1, 181. Este es un tema de los *Annales* sobre la antropología histórica de los Andes, editado por John V. Murra y Nathan Wachtel.

Cada uno de los accesos complementarios a los diversos niveles ecológicos de las personas, se ha denominado como el modelo «archipielago» en los asentamientos antiguos. Mientras en la mayor parte de los lugares las distancias se hablan reducido en los tiempos coloniales y, más recientemente, algunas de las poblaciones de las tierras altas todavía tenían «doble domicilio».⁹

La arqueología afirma que este modelo es antiguo, aunque pocas excavaciones hayan probado su edad. Algunos proponen que dichos accesos múltiples y simultáneos a los diferentes microclimas que seguía una sola etnia no debieron suceder hasta que la proyección de la paz establecida por un estado protectora a las caravanas anuales que comunicaban a los asentamientos periféricos con los núcleos de poder. Los estados probablemente favorecían estos acuerdos, imponiendo su autoridad sobre los grupos étnicos rivales. Pero incluso en los siglos en que un centro político de menor relevancia podía reclamar su hegemonía, durante los períodos arqueológicos llamados Intermedio Primario o Tardío, los accesos complementarios a una amplia gama de nichos ecológicos era demasiado importante para ser dejado aparte del repertorio económico de los sectores locales andinos.

Independientemente de su origen, se puede afirmar que ese ascenso en la escala política tenía consecuencias en la complejidad de los acuerdos en las zonas periféricas. Hemos visto antes, en el caso de los mineros de sal, que sus asentamientos eran multitémicos; este rasgo resultaba más común a medida que se amplía el territorio. La ocupación simultánea de una «isla» en la periferia por colonos pertenecientes a varias comunidades debe haber conducido a la fricción, las riñas, incluso las hegemonías temporales de un contenido sobre otro. Pero las evidencias indican que el viaje de acceso a los productos exóticos era tan duro que, a los períodos de lucha siguieron años en que el acceso estaba compartido, sin importar lo tensa que fuera la tregua.

La forma de selección que se hacía de los colonos vitalicios y el mantenimiento de su lealtad al grupo que les mandaba, han sido objeto de especulación. Cuando la distancia al núcleo era corta, el colono, conocido en quechua como un *mitmaq*, podía mantener fácilmente los vínculos con su comunidad de origen. Pero cuando la distancia aumentaba a 8, 10 o incluso más días, los dispositivos institucionales surgían para garantizar no sólo el acceso de los colonos a los productos, sino también a la sociabilidad, a conyuges para su descendencia o a la participación ceremonial en el núcleo. Fuentes estadísticas europeas del siglo XVII indican que las caravanas se desfilaban libremente desde un piso a otro; las esposas procedían de lugares bien lejanos.¹⁰

La especialización gremial se hallaba implícita en el mismo modelo de asentamiento disperso. El mitmaq de las zonas boscosas era también responsable de los vasos y platos de madera; los habitantes de las playas debían secar el pescado y las algas comestibles, pero además recogían guano. Al regreso, la caravana que venía

8. John V. Murra, «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas» en J. V. Murra, ed., *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, 1975.
9. Olivia Harris, «Kinship and the vertical economy», en *International Congress of Americanists*, Actes, Paris, 1978, IV, pp. 165-177.
10. Freda Yancy Wolf, comunicación personal, basada en un estudio de los documentos de la iglesia registradas en Juli, en la provincia de Chucuito.

de las tierras altas podría llevar tubérculos, el producto básico, pero también carne, lana y otros artículos, que incluían el maíz de los niveles intermedios. En algún momento de la historia andina todavía no determinado, el modelo de asentamiento disperso experimentó un cambio cualitativo cuando se extendió para incluir aldeas de artesanos que no estaban definidos ecológicamente. Además de las «islas» periféricas citadas antes, los lupacas también se refirieron a una aldea de ceramistas y otra de metalúrgicos. Cada linaje en las 7 provincias mantenía un representante en las aldeas especializadas, que contaban con cientos de artesanos en total.

El modelo de asentamiento disperso era uno de los rasgos característicos de la territorialidad que los europeos pronto advirtieron. En 1538-1539, cinco años después de la invasión, las encomiendas concedidas por Pizarro siguieron este principio. Los beneficiarios no recibían tierras sino las personas de los dos jefes locales, junto con sus súbditos, aunque estuvieran salpicados a lo largo del paisaje. De este modo, Lope de Mendoza, un viejo socio de los Pizarro, recibió todas las estancias de camelidos, aldeas agrícolas o poblados de pescadores que habían prestado lealtad a Chuki Champi y a Mamán Willka, señores de Karanqa.¹¹ Los territorios no contiguos se elevaban a 4.000 m sobre el nivel del mar y estaban situados en las actuales Bolivia, Chile y Perú.

El mismo modelo se siguió cuando hubo que reservar a un grupo étnico para Carlos V: los lupacas, cerca del lago Titicaca, eran conocidos como «los yndios del Emperador». En los años 1550, el abogado de la Corona recurrió al virrey contra la concesión de algunas de las colonias costeras de los lupacas a manos privadas. Él indicaba que:

... e así fue ... en quitarles los yndios e las tierras que tenyan en la costa de la mar que se hicieron particulares encomyendas ... no entendiendo los gobernadores la orden que los yndios tenyan e así gobernando estos rreynos el marques de Cañete se trató esta materia y hallando verdadera esta información que yo le hice ...

Se hizo de esta manera que la provincia de Chucuyte se le volvieron los yndios y las tierras que tenyan en la costa en el tiempo del Inga ... y a Juan de San Juan vecino de Arequipa en quien estaban encomendados se le dieron otros que vocaron en aquella ciudad ...¹²

La información que proporcionan tales fuentes europeas es más útil como documentación sobre los modelos de «complementariedad vertical» a nivel de señorío étnico, ya que ésta era la realidad que se toleraba y trataba en las primeras décadas del régimen colonial. La macroadaptación que el estado incaico hizo de este secular modelo andino (durante miles de años, con millones de habitantes, en lo que hoy son las cinco repúblicas andinas), desmenuzando poco después de 1532, sería sumamente difícil de reconstruir en la actualidad.

Sin embargo, esta dimensión máxima es importante para comprender los cambios que el modelo sufrió cuando la población gobernada superaba la escala de las

11. Manuscrito no publicado, legajo 658 en la sección de Justicia, Archivo General de Indias, Sevilla.

12. Juan Polo de Ondegardo, «Informe... a licenciado Brivesca de Mutalones [1561]», *Revista Histórica*, Lima, 13 (1940), p. 18.

20.000 familias. Al principio, el estado siguió las normas que predominaban en los Andes: las rentas habían aumentado por superfluo cultivo que se enajenaban a las comunidades locales según el modelo «archipiélago». Estas tierras estatales las trabajaban la colectividad, en rotación, linaje a linaje, con mucha más dureza que cuando estaban en los campos de sus señores étnicos o para los santuarios de la región. Con el tiempo, el mitmaq estatal fue trasplantado a los nuevos territorios para asegurar las rentas públicas y el dominio del propio imperio inca. Pero el gobierno que éste ejercía era todavía «indirecto»: se hacía a través de los señores «naturales» preinca. No había tributos: nadie debía lo cultivado en sus propias sembraderas o almanacenas en sus propias despensas.

En las últimas décadas antes de 1532, la escala de la administración inca creció en tal extensión que la distancia que separaba el núcleo de las colonias no tenía precedentes. Si los mitmaq querían formular alguna petición al núcleo central, tendrían que ir en su santuario o simplemente visitar a sus familiares, tenían que emprender un viaje de unos 10 a 15 días de camino. Durante el último gobierno inca, los colonos podían encontrarse alejados a 60 e incluso 80 días de viaje. Aunque siguieran estando enumerados en su khipu de origen uno se pregunta qué continuidad efectiva quedaría funcionando.

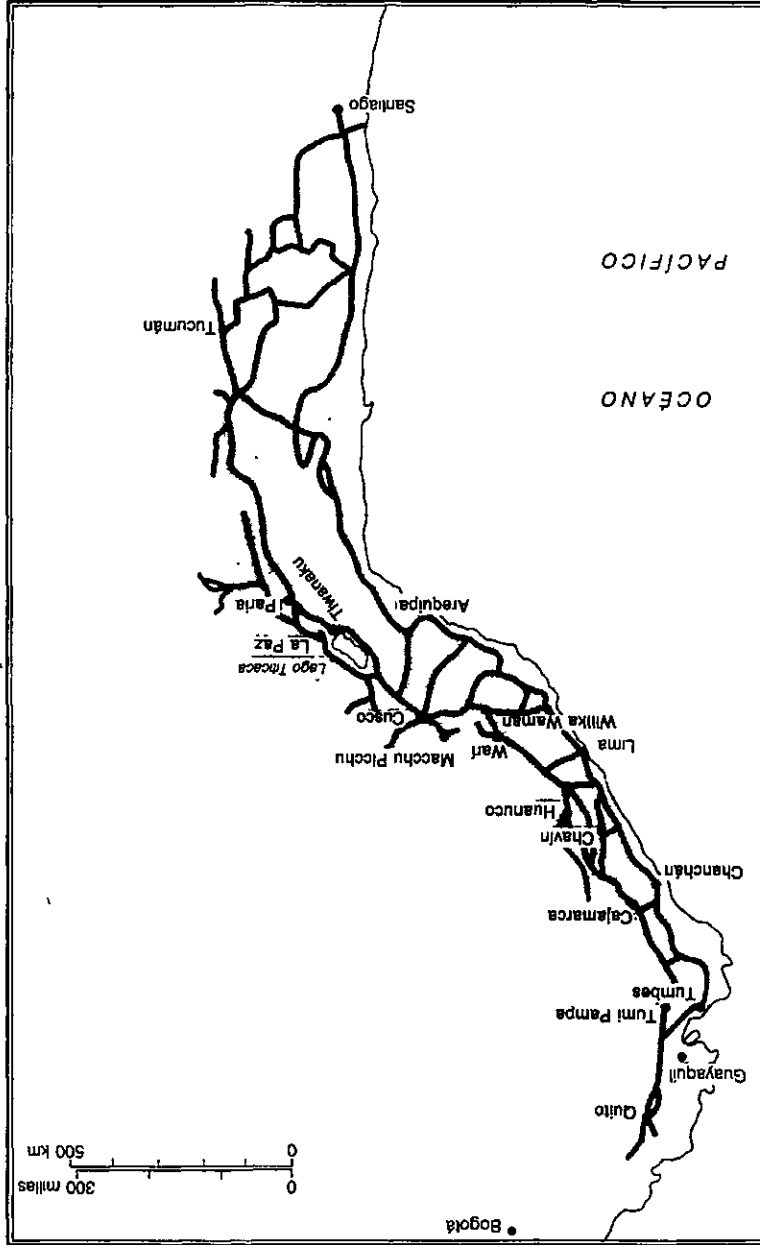
No hay duda de que se había hecho un intento de revidicar el precedente andino: don Pedro Kuitumpu, un señor lupaca bien informado, que en 1532 era un soldado, aclaró esta tentativa al explicar las discrepancias existentes entre el khipu como instrumento demográfico en su posesión anterior a la invasión y los cálculos hechos por los administradores coloniales:

... que cuando se visitó la dicha provincia por el inga se visitaron muchos yndios mitmaes que eran naturales de esta provincia y estaban ... en muchas otras partes ... y que con todo esto eran los veinte mil yndios del quipo ...
Y que los dichos mitmaes como se encomendaran los repartimientos donde estaban se quedaron allí y nunca mas se contaron con los de esta provincia ...¹³

¿Hasta qué punto podría el grupo étnico original ejercer efectivamente tales pretensiones y derechos a distancia? Los desplazamientos a Chile o Quito desde el lago Titicaca parecían una pesada carga, por muchos precedentes que hubiera habido. Se conocen indicios de una respuesta por la frecuencia de las rebeliones contra los inkas¹⁴ y la facilidad con que muchas comunidades locales se decantaron por los europeos, después de 1532. Sin embargo no nos ha llegado ninguna manifestación de queja en este aspecto, a través de los siglos de la invasión.
Lo que puede afirmarse aquí es que el estado inca mantuvo una política de asentamientos complementarios en los Andes, aunque la nueva escala supusiera penalidades. También se asignaron nuevas funciones a los mitmaq: aunque los mitmaq tenían aldeas de artesanos especializados, el estado puso en marcha una instalación de manufacturas cerca de Huancané, situada en la orilla nordeste del lago Titicaca.¹⁵

13. Díez de San Miguel, *Vista hecha a la provincia de Chucuito*, p. 170.
14. John V. Murra, «La Guerre et les rébellions dans l'expansion de l'état inca», *AES*, 33/5-6 (1978), pp. 927-935.
15. John V. Murra, «Los oliveros del inca: hacia una historia y arqueología del Qollasuyu», en *Historia, problema y promesa, homenaje a Jorge Basadre*, I, Lima, 1978, pp. 415-423.

Extensión del imperio inca.
Fuente: John Hyslop, *Inca road system: survey and general analysis*, Academic Press, 1984.



Se hizo reunir a un millar de tejedores y un centenar de alfareros. Aunque las cifras reales no sean necesariamente literales, las proporciones de estas operaciones del estado no deberían ponerse en duda; siendo la principal forma de arte andina, las telas tenían también muchos usos políticos, rituales y militares, que el estado requería en lo que eran las verdaderas dimensiones industriales dictadas por los modelos europeos de siglo XVI. Se empleaba a decenas de mujeres «seleccionadas», que se dedicaban totalmente a la producción de tejidos, y a las que se separaba de su grupo étnico para reunirlos en cada centro administrativo estatal, donde los soldados esperaban su recompensa en telas, antes de marchar hacia la frontera. La novedad acerca del trabajo en los talleres de Huancané es que las tejedoras formaban verdaderas unidades domésticas; sin embargo, no podemos afirmar si estos centros de producción manufacturera constituían un caso único o un hecho común en el sistema de producción inka que no se haya consignado.

Otra de las nuevas utilidades del mitmaq, en el ámbito del estado, tenía fines militares. No existen pruebas de guarniciones exclusivamente militares, en el período preinka; pero en las décadas anteriores a 1532, la expansión constante y las consistentes rebeliones obligaron a guarnecer las fronteras de un modo permanente:

dijo que sus pasados primeros fueron puestos por el inga en esta tierra [el valle de Hualaga] por guardar de la fortaleza de Copagua que es hacia los Andes y que eran tres fortalezas que se llamaban una Copagua y otra Cachaypaga y otra [sic] Angar ... y estos fueron sacados de los quindos y del Cuzco y puestos en las dichas fortalezas ...¹⁶

Finalmente, podrían identificarse otros de los últimos usos de los mitmaq, con fines no agrícolas, pero las prolongaciones militares y artesanas de la estrategia del «archipiélago» constituyen una prueba suficiente de que los medios iniciales de implementación productiva que permitían el acceso a una variedad de pisos ecológicos se convirtieron en métodos impositivos de control político.

Tawantinsuyu, el estado inka, no fue la primera unidad política con múltiples dad étnica que surgió en los Andes. En las últimas décadas, los arqueólogos han distinguido varios «horizontes» (períodos en que las autoridades centrales podían gobernar tanto las comunidades de las tierras altas como las costeras), de períodos «intermedios», cuando florecía un separatismo étnico.

El Horizonte Anhuq, también conocido como el Formativo en los Andes, se centra en Chavin, un templo situado a 3.135 m de altitud en las tierras altas orientales; más conocido por su arte religioso, ha sido considerado por Julio C. Tello, el decano de los arqueólogos andinos, como la «matriz de la civilización andina». Alcanzó el apogeo de su influencia hace unos 3000 años, del 1000 al 300 a.C., cuando influyó a otros asentamientos serranos, modificando también las formas artísticas de la costa; no se puede asegurar si dichas influencias significaron la dominación. Donald Lathrap ha insistido y se ha documentado sobre las raíces amazónicas de este arte, que Tello había aceptado en primer lugar. A través de las tie-

16. Ortiz de Zúñiga, *Visita de la provincia de León de Huánuco*, II, p. 197.

ras bajas tropicales, muchas de las antiguas fuentes de inspiración procedentes de Mesoamérica podrían haber alcanzado Chavín.¹⁷

No existe unanimidad entre los arqueólogos sobre el modo en que dichos «horizontes» surgieron y con el tiempo se desintegraron en los Andes. Algunos autores han indicado que el coagulante era el «comercio», impuesto por autoridades militares que generalmente provenían de las tierras altas; otros han descubierto un entusiasmo religioso detrás de la expansión.

El Horizonte Medio se data desde el 500 d.C. al 1000 d.C., aproximadamente, concentrándose en dos lugares al menos: Tivanaqu, en la orilla del lago Titicaca en Bolivia, y Wari, cerca de la actual ciudad de Ayacucho en Perú. Los dos eran verdaderos asentamientos urbanos, concebidos para ser los núcleos de unos estados importantes y de gran extensión. Existen evidencias de contemporaneidad e incluso contactos producidos entre los dos; a principios de este siglo se les consideraba, por lo general, como una sola unidad política, cuya capital estaba al sur de las tierras altas. Las investigaciones recientes indican que, aunque Tivanaqu y Wari ejercieron su hegemonía simultáneamente, sus esferas de interacción estaban separadas. Incluso algunos indican que una zona amortiguadora se extendía entre los dos estados, desde el límite de la nieves perpetuas hasta el océano.¹⁸ En su *Pueblos y culturas del Perú antiguo* (1974), L. G. Lumbreras, el principal arqueólogo andino, afirmaba que el urbanismo y el militarismo empezaron en Wari e influyeron gradualmente en todas las sociedades de los Andes Centrales.

El impulso realizado para la integración interregional procedía sistemáticamente de las tierras altas, excepto el desierto; durante siglos los pueblos costeros desarrollaron frecuentemente su propio potencial oceánico y de irrigación. Gran parte de la anterior arqueología sobre la costa realizada por extranjeros, concentró su interés en la arquitectura espectacular hecha con ladrillos de adobe, o las producciones cerámicas y textiles, cuyas muestras ocupan los museos y las colecciones privadas en todo el mundo. En su «Guía» del tesoro andino en el Museo Americano de Historia Natural, de Nueva York, Wendell C. Bennett y Junius B. Bird se refieren a «un período de artesanos maestros». La arqueología reciente ha intentado proporcionar el soporte cronológico y de organización social para cada tipo de manifestación artística. Es cierto que a través de los siglos, los habitantes de las tierras altas y a menudo lo hacían, interrumpir la florescencia costera cortando y desviando los canales de irrigación que conducían las aguas de los glaciares andinos a las plantaciones del desierto, pero es digno de notar durante cuánto tiempo los grupos locales de la costa pudieron volver a tradiciones más antiguas una vez que el «horizonte» se hubo replegado.

Asimismo, en la sierra, las diversas unidades políticas incorporadas al estado inka, mantuvieron unas características étnicas y una conciencia propias. La rápida

17. Véase Julio C. Tello, *Chavín, cultura matriz de la civilización andina*, ed. Toribio Majía Xesspe, Lima, 1960; John H. Rowe, «Form and meaning in Chavín art», en John H. Rowe y Dorothy Menzel, eds., *Peruvian Archaeology*, Palo Alto, California, 1967; Donald W. Lathrap, «Our father the cayman, our mother the gourd: Spindem revisited», en C. A. Reed, ed., *Origins of agriculture*, La Haya, 1977, pp. 713-751; Thomas C. Patterson, «Chavín: an interpretation of its spread and influence», en E. P. Benson, ed., *Dumbarton Oaks Conference on Chavín*, Washington, D. C., 1971, pp. 29-48.

18. Elías Mujica, comunicación personal (1980).

expansión de Tawantinsuyu se consiguió absorbiendo todas las entidades políticas de cierta embargadura, sin preocuparse por las aldeas o el paraje étnico local. Los señores locales estaban adaptados a un sistema de «gobierno indirecto»; les tocó a ellos administrar y hacer cumplir el nuevo orden, que se ha considerado menos original, en cuanto que su ideología sólo reivindicaba una proyección sobre un amplio escenario de modelos de la autoridad existente.

La tradición oral en los Andes y la arqueología coinciden en que el Período Inmediato Reciente, durante los siglos anteriores a la expansión inca, había sido *awqa* (tiempos de soldados):

se despoblaron de los dichos buenos citios de temor de la guerra y alzamiento y con tradición que tenían entre ellos.

De sus pueblos de tierra baja se fueron a poblar en altos y serros y peñas ... y comensaron a hazer fortalezas ... y escondedizas ... y comensaron a reñir y batalla y mucha guerra y mortanza con su señor y rey, brabos capitanes y ballientes y animosos y peleauan ... y auia mucha muerte ...

y se quitauan a sus mugeres y hijos y ... sus sembreras y chacaras y asceyas de agua y pastos. Y fueron muy crueles que se trobaron sus haziedas, ropa ... cobre, hasta lleualle las piedras de moler ...¹⁹

En el Período Antiguo cada región producía distintos artefactos identificables, exentos de cualquier manifestación preandina como las primitivas de Tiwanaku o Wari. Las investigaciones realizadas en la región del lago Titicaca han confirmado la presencia arqueológica en los últimos tiempos de la época preinca, de «casas y lugares ocultos» en el interior de las fuertes murallas defensivas que rodeaban extensiones de 20 hectáreas o más, a unas altitudes por encima de los 4.000 m.²⁰ Cuando fueron conquistados por los incas, la población que conocemos como los lupacas fueron desplazados o deportados 3.800 m «hacia abajo», a orillas del lago. Las murallas no necesitaban ser tan largas después de la *pac incaica*; ahora el camino real pasaba a través de 7 «capitales provinciales» lupacas, algunas de las cuales se convertían en centros administrativos de los incas. Algunas llegaban a ocupar hasta 40 hectáreas de espacio urbano y todas ellas pueden distinguirse todavía hoy. Según el khipu en la posesión de Pedro Kuntimpu, este grupo de lengua ayмара se componía de 20.000 unidades domésticas antes de 1532. El testimonio de sus dos señores fue registrado en 1567 por un inspector enviado desde Lima para verificar el rumor de que estos «yndios del emperador» eran sumamente ricos. El inspector informó que eran verdaderamente ricos: en los tiempos preincaicos hablaban manajá-1.700 cabezas, tras 35 años de haber sufrido saqueos.²¹

Los dos señores que declararon gobernaban Chucuito, una de las 7 «provincias»; eran asimismo señores o reyes de todos los lupacas.²² Cada una de las otras 6 pro-

19. Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva cordónica y buen gobierno* [1615], México, 1980, pp. 63-64.
 20. John Hyslop, «El área lupaca bajo el dominio incaico: un reconocimiento arqueológico», *Historia*, Lima, 3/1 (1979), pp. 53-80.
 21. Díez de San Miguel, *Vista hecha a la provincia de Chucuito*, pp. 303-363.
 22. John V. Murra, «An Ayмара Kingdom in 1567», en *Ethnohistory*, 15, II (1968), pp. 115-151.

vincias tenían su propio par de jefes, uno para la mitad superior y otro para la inferior. La división dual era un rasgo casi universal en la organización social andina; no hay razón, pues, para atribuirlo a la influencia inca.

Los vínculos de parentesco constituían el principio organizador dentro de las 14 subdivisiones. Cada mitad informaba de unas 10 a 15 *harina*, a veces traducido como linajes. Desde que los notarios y escribanos europeos prefirieron la terminología quechua de Cusco, se denominaron generalmente *ayllu*. El debate sobre la naturaleza y funciones de esta unidad social tenía una larga historia en los estados andinos, más que los calpulli en Mesoamérica. Cada *harina lupaga* era una unidad designada; podía disponer de tierras y rebaños, así era en todo el reino, cada mitad y cada una de las 7 unidades políticas. Cada una tenía sus propias autoridades; cada una incluía a familias procedentes de la población aymara predominante y de los oprimidos pescadores uru; no podemos decir en la práctica cómo se logró este resultado ideológico, al unir a gente de clases distintas en un solo grupo de parentesco.²³

No existe ninguna información acerca de santuarios lupagas desde la inspección de reconocimiento inmediatamente después de la conversión de los señores lupaga al cristianismo. Habían sido amonestados para no rendir culto a las montañas cubiertas de nieve; estaban prohibidas las peregrinaciones a los monumentos erigidos en las ciudades amuralladas preinca. En 1567 había una minoría de ganaderos aymaras se les comunicó que saldrían hacia un campo de concentración en una orilla del lago, pero Fray Domingo de Santo Tomás, segundo obispo de Charcas, ordenó su liberación. Autor del primer diccionario y la primera gramática del quechua, el obispo era miembro del Real Consejo de Indias, pero también era contador de Bartolomé de las Casas; su argumento consistía en que un shaman no podía ser prisionero, puesto que nunca se había convertido y por ello no podía ser apostata. Aparece alguna noticia sobre los templos del culto solar construidos por los incas en territorio lupaga. Una parte de la «provincia» de Yunguyo se hallaba alejada, erigiéndose allí un centro de peregrinación. Miembros de los linajes reales de Cusco se habían reinstalado en Copacabana y las islas próximas a la costa.²⁴ A finales del siglo XVI, la iglesia europea decidió volver a utilizar este centro de peregrinación; y todavía se usan actualmente.

Los lupagas son los más conocidos de los muchos pueblos aymaras que surgieron durante la época preinca, en la parte más elevada del altiplano. Otras unidades políticas están recibiendo ahora una atención especial, realizándose mapas de sus territorios, incluyendo la costa desértica de Chile.²⁵ Sus tradiciones orales se recogen ocasionalmente en los papeles de litigios entablados por sus señores en la Audiencia de Charcas; durante una década aproximadamente, la administración colonial alentó este tipo de peticiones por sus propias razones. Estas reclamaciones sobre los

23. El estudioso que ha reflexionado más detenidamente sobre los vínculos de parentesco en las sociedades andinas y su manipulación por parte del estado es R. Tom Zuidema. Véase *The Cuzco System of Cuzco: the social organization of the capital of the Inca*, Leiden, 1964; y «The Inca kinship system: a new theoretical view», en R. Bolton y E. Mayer, eds., *Andean Kinship and Marriage*, Washington, D.C., 1977.
24. Véase Adolph Bandelier, *The Islands of Titicaca and Kooti*, Nueva York, 1910.
25. Tristan Platt, «Mapas coloniales en la provincia de Chayama», en Martha Urisic de Aguirre, ed., *Estudios bolivianos en honor a Gunnar Mendoza*, La Paz, 1978.

privilegios antiguos y nuevos, generalmente incluían las genealogías de los litigantes recordadas por los conservadores de registros de vínculos, todavía en ejercicio. Uno de estos demandantes inscribió los nombres de sus predecesores, incluyendo uno que «rindió obediencia» al Inca, cuatro generaciones antes. A cambio, recibió una esposa de la corte y su hijo, Moroco, fue recordado en la genealogía como un «Inca»; junto con la esposa iban incluidas prendas de ropa tejidas por los artesanos reales y el privilegio de usar una lliera.

Otra relación especial entre Cusco y los señores aymparas era su papel militar. A principios de la expansión de Tawantinsuyu, sus ejércitos se reclutaban según el mismo principio de la *mit'a* que movilizaba las energías para otros trabajos públicos: hombres y mujeres iban a la guerra por rotación, ayllu a ayllu, un grupo étnico tras otro. Iban pertrechados con sus armas tradicionales, bajo el mando de sus propios señores étnicos. Nada de esto los liberaba de muchas otras tareas que debían realizar para el Cusco.²⁶

En algún momento de la historia de Tawantinsuyu, esta *mit'a* militar debió considerarse ineficaz: los señores aymparas reclamaron en un memorándum dirigido a Felipe II que la destreza y lealtad militares de sus ancestros habían sido recompensadas y que habían sido liberados de cualquier otra prestación:

hemos sido soldados desde el tiempo de los Incas ... resguardados de pechos y alcabatas y de todas las demás tareas y servicios personales que se entienden de guarda de ganados ... y de hacer la mita en la corte de la ciudad del Cuzco y de ser canteros, tejedores de la ropa de cumbre y de abasca y de ser chacareros, albañiles y canteros gente que tenía por costumbre trasponer un cerro a otra parte a puras manos ... no eramos gente bailadores ni truhanes que ... tenían costumbre de cantar canciones delante de los dichos Incas por las victorias ...²⁷

No podemos decir cuáles fueron las consecuencias de un servicio militar tan prolongado, como éste haya hecho quedar rezagada la producción de subsistencia de la población aympara. En cualquier lugar de los Andes, quienes permanecían en su patria étnica eran obligados a trabajar las parcelas de los soldados, pero las largas ausencias, pasando por alto el calendario agrícola, debió haber supuesto un estado de tensión en las reciprocidades basadas en el parentesco, aunque aprovechadas políticamente.

Tampoco podemos decir hasta dónde se extendió la división dual del altiplano en una *urqunasyu* (la media montaña) y una *umasuyu* (la orilla del agua), y si era aympara o inca. La dicotomía parece haber sido más pronunciada en la región del lago Titicaca. Allí había habido un sustrato lingüístico tras el cual, con la mitad oriental en donde se hablaba el pukina, no el aympara. Desgraciadamente, el filtro Inka con el que muchos han visto los temas andinos, todavía no permite desentender el texto étnico del dualismo. En sus orígenes, las mitades se hablan concentrado o «reunido» en el lago Titicaca, una zona «neutral» con su propio microclima. Se ha descubierto que *urqun* y *uma* se reorganizaron cuando Cusco se convirtió en el núcleo.²⁸

26. Waldemar Espinoza Soriano, «El memorial de Charcas: crónica inédita de 1582», *Cantu-za*, Revista de la Universidad Nacional de Educación, Chosica, Perú, 1969.
27. J. Murra, citado en «La Guerre et les rébellions», pp. 931-932.
28. Thérèse Bouysse-Cassagne, «L'Espace aympara: *urqun* et *uma*», *ABSC*, 33/5-6, 1978, pp. 1.057-1.080.

En los primeros contactos con los europeos, fueron incluidos ritual y administrativamente en la región meridional, el gollasuyu, la más densamente poblada del estado inka.

El componente «acusoso» de la división dual en el altiplano se puede percibir en la presencia de una minoría étnica y ocupacional entre los aymaras, puede que incluso una «casta» de pescadores uru. El verdadero significado de su presencia se está aclarando gracias a las investigaciones más recientes.²⁹ Durante la colonia, estos pescadores se fueron confundiendo con la mayoría aymara; la noción muy difundida de que eran puklima-hablaes y quizás la población autóctona de la laguna, en las alturas andinas, necesita verificación arqueológica.

La correlación entre la información histórica y las excavaciones arqueológicas constituye un método que se ha utilizado tan sólo ocasionalmente en los Andes. Muchos de los enigmas de la historia andina son más accesibles de lo que parece. Existía continuidad en los modos de vida y las lenguas; pese a 450 años de gobernotodavía colonial, incluso se remonta a los tiempos preinkas. Tanto la tradición oral de las técnicas como la popular se puede obtener, al menos parcialmente, en los testimonios de los testigos y administradores europeos; verificándolos y dividiéndolos con la ayuda de la arqueología, se podrá conseguir una versión más profunda y menos sensacionalista de las sociedades andinas.

Puede comprobarse que en la época precolonial, la lengua aymara se extendía mucho más ampliamente que en el presente. A los habitantes del altiplano, que habitan al norte del lago Titicaca, todavía se les considera como *golla* (aymara), por parte de los que viven en el Cusco, incluso aunque hayan pasado a hablar *q'ishwa*. No sería demasiado difícil averiguar el momento en que tal cambio tuvo lugar y las circunstancias históricas bajo las que se produjo, pero la escasez de estudios filológicos en 1980 todavía nos limita al terreno de las conjeturas. En muchos de los valles del Pacífico, en lo que hoy es Chile y el sur de Perú, se hablaba también aymara; a principios del siglo XX, ciudades rituales en la misma latitud que Lima, en la provincia de Yauyos, hablaban *kauki*, una variante del aymara.³⁰

Los europeos se refirieron a la lengua de los inkas como quechua, que derivaba de la palabra *qhishwa*, «valle». La denominación propia, utilizada hasta hoy día por los que hablan la lengua nativa, es *runa simi*, «la lengua del pueblo»; esto no se ha captado en los cultos tratados europeos. Antes de 1532, el quechua era la lengua de la administración inka, y habla muchos bilingües; algunas fuentes coloniales se refieren a ella como la «lengua general» (aymara y puklima se describen a veces con la misma denominación). El lingüista Alfredo Torero, ha indicado que el quechua fue, en otro tiempo, el idioma de la costa central, desde donde se propagó antes y después de los inkas.³¹ Las variantes que eran mutuamente comprensibles, se hablaban desde el actual Ecuador en el norte, hasta Tucumán en el sur. La distinción entre los habitantes del altiplano y el valle fue fundamental para la clasificación étnica en los Andes; al parecer, los europeos no diferenciaron entre esta distinción y las lenguas diferentes.

29. Nathan Wachtel, «Hommes d'eau: le problème uru (xvi-xvii siècles)», *AESC*, 33/5-6 (1978), pp. 1.127-1.159.
30. Martha Harman de Bautista, *Jagaru: an outline of phonological structure*, La Haya, 1966.
31. Alfredo Torero, *El quechua y la historia social andina*, Lima, 1974.

Se ha hecho poca arqueología seria en el corazón de la tierra inca: el valle de Vilcanota y el área del circun-Cusco. John Howland Rowe inició el estudio científico de los antecesores inkas³² pero ha atraído a pocos discípulos.

Lo que se puede afirmar con cierta seguridad es que después de un largo período de conflictos que separan el «Horizonte Medio» del Antiguo o del Incaico, Cusco pasó de ser, en el siglo XV, de núcleo de una comunidad local a un importante centro urbano, capital de Tawantinsuyu, que los europeos describieron. No sólo era el centro administrativo del reino sino también el centro ceremonial, donde se sacrificaban diariamente cientos de piezas de finas telas y donde decenas de sacerdotes ayunaban mientras contemplaban los movimientos del sol desde sus observatorios de palacio. Los calendarios estacionales inkas en este caso no son tan comprensibles como con los mayas, porque los resultados de las observaciones no se registraban en piedra sino que, lo más probable, se plasmasen en tejidos perecederos.³³

La capital estaba situada en el centro de una red de caminos reales que medía unos 20.000 km o más, enlazándola con Chile, el Océano Pacífico y el norte de la línea ecuatorial. La división territorial en cuatro partes llamadas *suyus*, subdivididas a su vez, se ha estudiado, deduciéndose que cada «línea» extendida desde el centro ceremonial unía a una familia real concreta con los santuarios de los que eran sus cultos.³⁴ La mayoría de los linajes reales vivían con su servidumbre, en la ciudad o en los pueblos cercanos. Garcilaso de la Vega, que nació en Cusco sólo algunos años después de la invasión europea, nos proporciona un descripción nostálgica de la ciudad natal de su madre inca, escribiendo desde su exilio andaluz, muchos años más tarde.³⁵ Aunque sin cartografía todo lo que se puede hablar de Tenochoctlan, la capital azteca, tanto arquitectónica como sociológicamente, se puede escribir sobre Cusco, a pesar de una larga década de esfuerzos promovidos por la UNESCO recientemente.³⁶

No está claro cuantos de los grupos étnicos incorporados por los inkas estuvieron representados en Cusco. Hemos oído que los chimu, una comunidad costera, pretendían enviar artesanos y mujeres a la ciudad. Los plateros ya se encontraban allí desde 1542, su presencia fue observada por un fraile europeo. El rey chino esperaba no tener que proporcionar tropas, los soldados de la costa no eran considerados de confianza y uno puede pensar que estuvieran incapacitados para luchar a una altitud de 4.000 m. En ocasión de ceremonias, se esperaba que los extranjeros abandonaran Cusco.

No hay acuerdo en cuanto al grado de intervención directa que Cusco ejerciera en el gobierno de los grupos étnicos incorporados. Los enemigos de los inkas, como el virrey Francisco de Toledo (1568-1581), describieron a los señores étnicos como «tiranos», lo que en la España del siglo XVI significaba que eran «ilegítimos»; nom-

32. John H. Rowe, *An introduction to the archaeology of Cuzco, papers of the Peabody Museum*, 28/2 (1974).
33. John V. Murra, «Cloth and its functions in the Inca state», *American Anthropologist*, 64/4 (1962), pp. 710-728.
34. Zuidema, *Cque System*.
35. Garcilaso de la Vega, «El Inca». *Primera parte de los Comentarios Reales* [1604], Madrid, 1960.
36. El mejor mapa que se aproxima al aspecto de la ciudad, tal y como se veía antes de 1534, está en: Santiago Arrieta Calvo, *Cusco: la traza urbana de la ciudad inca*, Cuzco, 1980.

brados burocráticamente, eran enviados desde la capital real y, en este sentido, no eran «jefes naturales», en absoluto. También se afirma que los *inkas* agotaron la línea real de parentesco, susceptibles de ser nombrados administradores regionales, y con el tiempo obligados a asimilarse dentro del status *inka* a los habitantes leales de ciertas aldeas que circundaban Cusco. Conocidos como *allikaq* (los que hablaban pro-gresado, ascendido): «eran los hijos mayores de *Papri* y *Chillique*; eran inspectores enviados por todo el reino para examinar los centros administrativos y los relares y los almacenes ... algunos (otros) eran de *Quilliscachi* y *Equico* ...».³⁷

Hay prueba que en algunas regiones rebeldes, especialmente en la costa, los *inkas* nombraron gobernadores que sustituyeron al «señor natural». Generalmente, se trataba de una línea de parentesco de los «rebeldes», o de familias vecinas, cuya hegemonía regional se habría aprobado en Cusco.³⁸ Sin embargo, la mayor parte de la información que nos ha llegado procede de las tierras altas, debido a la desaparición de la población costera inmediatamente después de 1532: los jefes locales de las tierras altas pertenecían a la comunidad étnica que gobernaban. Comprendieron lo que se les exigía, ya que, al menos en teoría, seguían imperando las normas pre-*inkas*. El diagnóstico, absolutamente exacto, el rasgo andino que caracterizaba estas normas, era que las despensas de los campesinos permaneciesen intactas. Efectivamente, ahora tenían que llenar no sólo los almacenes de su propio señor y del santuario local sino que también tenían que generar rentas al estado, trabajando sus parcelas recién enajenadas o de nuevo regado, y cuidado los rebaños de camélidos pertenecientes al estado.

A pesar de todo, había una burocracia «federal»: estaban situados en grandes centros administrativos como *Willa* *Waman*, *Huanuco* *Pampa*, *Paria* o *Tumi* *Pampa*, todos construidos a lo largo del camino real. De ellos, únicamente se ha estudiado detalladamente *Huanuco* *Pampa*: ocupaba casi dos km², y contenía hasta 5.000 edificios, entre viviendas y palacios, además de 500 almacenes. La ciudad pudo haber albergado entre 12.000 y 15.000 habitantes, la mayoría tenían que servir en sus turnos de mita, aunque algunos vivían allí de modo más permanente, como las tejedoras y cocineras de los *agllawasi*, sus envejecidos guardianes, los administradores que estaban a cargo de los almacenes y los especialistas religiosos.³⁹ ¿Cuántos de estos eran «*inkas*», ya fueran miembros de los linajes reales o *allikaq*? Un escritor andino como *Waman* *Poma*, afirmaba que todos sus parientes que no pertenecían a la realza ocupaban otros tantos puestos «federales» en los centros administrativos. Cualquiera que fueran las proporciones a lo largo del camino, funcionarios reales e inspeccionaban al pueblo, los señores provinciales y sus territorios. La mejor información sobre sus relaciones procede de una inspección realizada en 1562 a los *chupaychu*, un pequeño grupo étnico del valle *Huallaga*, situado a unos dos días de camino desde *Huanuco* *Pampa*. Durante las entrevistas, realizadas en su propia región, declararon que antes de 1532 habían sido:

37. *Waman* *Puma* de *Ayala*, *Nueva cordoba*, pp. 363 (365).
 38. I. Ortiz de Zárate, *Visita de la provincia de León de Huánuco* [1562], II, p. 46.
 39. Craig Morris, «Reconstructing patterns of non-agricultural production in the Inca economy», en Charlotte B. Moore, ed., *Reconstructing complex societies*, Cambridge, Mass., 1972; ídem, «Tecnología y organización inca del almacenamiento de víveres en la sierra», en Heather Lechtman y Ana María Soldi, eds., *Kunakunap Kawsayinkunap Kurasangankunapqa*, I, México, 1981, pp. 327-375.

cuando el dicho ynga gobernador venia a visitar las dichas quatro guaranagas [unidad de 1.000 unidades domésticas] si hallaba a algún cacique o principal culpable de cinco culpas muy principales ... como era no haber obedecido lo que el ynga señor principal habla enviado a mandar o haberse querido rebelar contra el o haber tenido negligencia en recoger o llevar los tributos y como es no haber hecho los sacrificios que tres veces en el año eran obligados a hacer y como era no haber ocupado a los yndios en su servicio haciendo ropa u otras cosas para el dejado de hacer lo que tocaba y por otras cosas semejantes a estas siendo cinco culpas le quitaban el señorío ... lo daban al hermano o pariente ...⁴⁰

Ninguna de las crónicas europeas nos ha ofrecido tanta información sobre la articulación que existía entre los señores étnicos y el estado en términos explícitos. Otro testigo, más viejo que el anterior, llamado Xagua y con experiencia en el servicio antes de 1532 en Cusco, explicó a los inspectores europeos que cuando el señor local moría;

iba el dicho ynga señor principal el qual si hablaba al hijo para mandar le daba la tiana y lo nombraba por señor y no lo siendo nombraba otro de los que con el andaban que le servían que fuese para ello ... no se osaba de su autoridad entrar en el señorío hasta ir al Cuzco personalmente a ynca para que le diese licencia y silla en su cacicazgo ... y si el hijo del cacique era muchacho y no para mandar lo llevaban al Cuzco y el ynga nombraba un dudo o pariente mas cercano del cacique muerto que fuese cacique en su lugar y este lo era en tanto que vivia y no lo quitaba ...

Otro anciano testigo podía recordar mas allá del reinado inka y se refería a aquellos tiempos: «antes que el ynga viniese a esta tierra cuando algún cacique moría daban los yndios sujetos al muerto el señorío a otro que fuese valiente y no lo daban al hijo». En este caso, el testigo confirmaba lo que algunos escritores europeos hablan registrado sobre las costumbres inkas: un cambio de «la selección del valiente», en lo que eran awqa runa o tiempos millitares, hacia una mayor rigidez en las líneas hereditarias.⁴¹ Los testigos, precedentes del valle de Huallaga, no daban mas detalles sobre el censo dirigido por las autoridades de Cusco, como parte de sus «inspecciones». Periódicamente, las familias eran enumeradas y los resultados pasados en los mudos de los registros khipu. Según Waman Puma, se clasificaba a los hombres y las mujeres en 10 grupos de edad.⁴² Los censos coincidían con el reconocimiento estatal de los matrimonios mas recientes: las nuevas parejas estaban entonces inscritas en su grupo apropiado. Ningún soltero, sin importar la edad, prestaba servicios personales en la mit'a; ella o él eran parte de la familia de cada uno. Para concertar un

40. Ortiz de Zúñiga, *Visita a la provincia de León de Huánuco* [1562], II, pp. 45-49. 19.
41. John V. Murra, «La visita de los chupachu como fuente etnológica, parte II: Las autoridades étnicas tradicionales», en I. Ortiz de Zúñiga, *La provincia de León de Huánuco*, p. 381-406.
42. Guamán Poma de Ayala, *Nueva cordoba*, pp. 196-236.

mantenimiento las características ideológicas del estado inca lo hacían pasar por un rito familiar de trámite, dentro del aparato oficial.⁴³

Hay evidencias de que en los últimos tiempos de la época inca se realizó un esfuerzo para ir más allá del principio étnico, cuyo reconocimiento había regido las relaciones del estado con sus unidades integrantes. Se introdujo un vocabulario administrativo, que se relacionaba con el orden decimal de los nudos atados a las cuerdas de los khipu. Los señores étnicos y sus provincias podían ahora registrarse en los censos por muchos miles, cientos e incluso pequeños grupos de familias. Los señores de los *wanka* fueron llamados para gobernar 28 unidades de 1.000 o *waranqas*: los de los *hupagas*, 20. Xulca Condor, en el alto Huallaga, registró sólo tres *pa-chaka* de 100 familias cada una, mientras que su vecino río abajo, Pawkar Waman, declaraba haber gobernado a 4 *waranqa*.

Hasta que punto esta tentativa decimal fue más allá del censo realizado por la administración efectiva de los grupos étnicos sometidos es algo incierto. En principio, no había ningún aparato burocrático que pudiera mantener unidades sociales y étnicas puras, modelos decimales. Cuando se dispuso del material de Huallaga, fue posible utilizar las cifras para demostrar que una *pachaka* correspondía a un grupo de 5 caseríos vecinos.⁴⁴ Incluso en 1549, tras una larga resistencia ante los europeos, que duró 10 años, estas 5 unidades registraron una población de 59 familias. Trece años más tarde, habían recuperado hasta 75. Un especialista sueco, Åke Wedin, ha relacionado la aparición del vocabulario decimal con necesidades militares. Para ser precisos, cabría esperar que se usara con más frecuencia entre los aymaras, en el sur de los Andes. Sin embargo, encontramos su mayor utilización en el norte, donde algunos piensan que los incas lo habían adoptado de la práctica local.⁴⁵

Si uno trata de averiguar hasta qué punto la intervención inca en los asuntos locales, cotidianos, desafiaba a la autoridad del jefe étnico, la información empleada es incompleta. Un testigo declara que:

las causas civiles sobre bienes y haciendas el cacique principal iba a ver la tierra sobre que era la diferencia ... y averiguaba por los quipos y antigüedad que entre ellos había cuyo era ...
y siendo casos arduos de importancia y muertes no lo ejecutaban entre ellos y la hacían saber al ynga el cual dicho ynga enviaba un ynga y señor su dudo a tomar cuenta al cacique principal ...
si le hallaban culpable en algo lo renían y castigaban y que no sabe si le quitaban el señorío ... los desagrañaba y castigaba ... lo mismo podía hacerlo el cacique principal en ausencia del ynga.

La última frase es en algunos sentidos la más significativa. Mucho antes de los incas, pero también hoy día, la jefatura étnica en los Andes ha confirmado anualmente los derechos sobre la tierra, de los linajes y las familias. Aunque los repre-

43. John V. Murra, *The economic organization of the Inca state*, Greenwich, Conn., 1955; nueva edición 1980, p. 98.
44. Gordon J. Hadden, «Un ensayo de demografía histórica y etnológica en Huánuco», en I. Ortiz de Zúñiga [1562], *Visita a la provincia de León de Huánuco*, I, pp. 371-380.
45. John H. Rowe, «The Kingdom of Chimor», *Acta Americana*, 6/I-II, México (1948), pp. 26-59.

sentantes del estado pudieran haber actuado en una apelación, nuestra visión del estado inka pronosticaría que las decisiones locales sobre las parcelas agrícolas permanecerían en manos de las etias.

De acuerdo con el testigo del valle Huallaga, Cusco había introducido algunas limitaciones en la autoridad de los señores étnicos para decidir en asuntos de vida o muerte. En casos de homicidio, un testigo declaraba: «llevaron al acusado delante de el [el inka] y en presencia del cacique local, en la plaza pública el testigo ... describió el crimen ... y si había asesinado pero se daba una explicación, [ellos] no lo mataban sino que lo castigaban azotándolo ... y obligándolo a mantener a la vida e hijos ...».

No se puede afirmar la frecuencia con que se producían estos viajes de «inspección». El escritor andino Waman Puma pretende que tenían lugar cada seis meses;

los testigos citados anteriormente, una vez al año. Si era cierto, dicha frecuencia habría requerido desplazar desde Cusco a un grupo numeroso de «orejones», de lo que no hay pruebas objetivas. Tan lejos como podemos reconstruirlo, el sistema político se mantenía en lo alto y a través de él se anunciaban las reuniones públicas que se celebraban en el *usnu* constituido en cada uno de los grandes centros administrativos de dimensiones urbanas que se encontraban a lo largo del camino real. Parece ser que la ejecución de cualquier política se dejaba en manos de los jefes de las etias locales, hombres de confianza del sistema, quienes decidían los turnos de mita que realizaban una tarea concreta. La capacidad de la autoridad étnica para movilizar y dirigir a un gran número de cultivadores, trabajadores para la construcción de soldados se adquiría por concesión y se puso a prueba en los primeros días de la invasión europea, cuando Pizarro o Benalcázar pudieron contar con sus aliados andinos para aumentar sus ejércitos y portadores sin los cuales la invasión no se hubiera realizado.

La variedad de tareas que la mita prehispánica comprendía era muy amplia. Disonomios de una relación, única hasta ahora, que data de 1549, por la que se reclama la enumeración de tareas que un solo grupo étnico, relativamente pequeño, debía realizar para Cusco.⁴⁶ Tan sólo 7 años más tarde, se hacía constar que los chupaychun del valle Huallaga habían sido sometidos al dominio europeo. Quienes informaban, lo hicieron empleando todavía el vocabulario decimal para describir la organización local. Cuando los interrogadores quisieron conocer lo que las «4,000» familias habían «dado» al estado, Pawkar Waman y sus pares respondieron leyendo en un khipu de 25 a 30 cuerdas. La relación está probablemente incompleta; las cantidades reclamadas parecen muy amplias y no están confirmadas por ninguna otra fuente disponible. Sin embargo, la escasez de muestras no debería disuadirnos de la utilización de los khipu, sino para los números citados, que pueden ser simplemente malinterpretados, puesto que según los grupos étnicos el khipu solía agrupar tipos de compromisos. Un testigo que llegaba a los Andes, como el trompeta de Francisco Pizarro, declaró en otro caso:

los indios de este país tienen registros y cuentas de las cosas que dan a sus señores ... empleando lo que ellos llaman quipos; todo lo que dan [incluso] desde hace mucho tiempo se registra también allí. Y este testigo sabe que dichos quipos son muy exactos.

46. Ortiz de Zúñiga, *Vista la provincia de León de Huiduaco* [1562], II, pp. 289-310. 0.

tos y veraces pues en numerosas y distintas ocasiones el testigo ha comprobado algunas cuentas que ha tenido con indios contando las cosas que le habrán dado a ellos. Y comprobó que los quipos que los citados indios tenían eran muy exactos ...»⁴⁷

Las dos primeras cuerdas que el conable de Pawkar Waman leyó en 1549 probablemente no estaban en orden; se le habla preguntado si tenían minas o las habían tenido, para determinar los indios que se habían «tirado» al interior de las minas de oro. La respuesta fue: tres hombres y tres mujeres de cada pachaka, 100 unidades domésticas servían un año cada uno.

El encargado del registro estaba entonces autorizado para actuar según su propio criterio. En primer lugar enumeraba las 8 obligaciones que se debían a la corona inca en Cusco y fuera de la ciudad. Una de ellas consistía en enviar 400 «yndios» a la capital, situada a unos 60 días de camino desde sus casas, para «hacer paredes». Otros 400 fueron a sembrar, «para que comiese la gente», se supone que los albañiles ausentes. Incluso considerando la posibilidad de que los 400 se refirieran a los dos sexos, aunque fueran 400 pares o parejas del total de los 4.000 hogares, se trata de un porcentaje muy alto sobre toda una población chupaychu. Si el resto de los grupos étnicos hubieran enviado tan altas proporciones a Cusco, no habría habido espacio físico para acogerlos a todos. Una solución fácil, pues, sería aceptar un error de traducción o de copia, ya que el intérprete era local y la aritmética española le podría resultar desconocida. Los 400 albañiles podrían coincidir con los 400 labradores, ya que con frecuencia la gente enviada a realizar las obligaciones de la mita tenía que producir sus propios alimentos. Otra explicación sería admitir que los señores tendrían alguna razón para exagerar sus cargas en tiempos de los incas. Esas ocho cuerdas incluían también a la gente que custodiaba la momia del rey Thupa; otros estaban destinados en las guarniciones que se enfrentaban a los rebeldes del Lejano Norte.

Las siguientes 10 cuerdas, aproximadamente, se referían a las obligaciones realizadas en la región más próxima al hogar, dentro del territorio disperso sobre el que los chupaychus mandaban, situado en el actual departamento de Huánuco. Comprenderían a los pastores de los rebaños de camélidos estables, tejer su lana y «hacer tinturas y colores» para teñirlas. Tres cuerdas enumeraban las minas de sal y las cosechas de pimientos y hoja de coca. La cuerda número 13 trataba del nivel principal del país de los chupaychus, el ancho cauce del Píllikumayu, el río conocido hoy como Huallaga. Allí el pueblo de Pawkar Waman proporciónó 40 «yndios» que: «para guardar de las chacaras ... en todo este valle ... y el maíz de ellas llevando la mayor parte al Cusco y lo demás a los depósitos [en Huánuco Pampa] ...»⁴⁸

Esta es la única referencia en el khipu de las tierras enajenadas por el estado en el territorio chupaychu. Las cuerdas 17 a 20 formaban una macrocategoría de artesanos especializados que también permanecían en el área próxima. Una se refería a los ojeadores de caza real, otra a los zapateros, que hacían sandalias, una tercera a los «carpinteros para hacer platos y escudillas» en las zonas boscosas río abajo de sus asentamientos primitivos.

47. Waldemar Espinoza Soriano, «Los Huancas aliados de la conquista (1560)», *Anales Científicos de la Universidad del Centro*, Huancayo, I (1971-1972), p. 367.
48. J. Ortiz de Zárate, *Vista a la provincia de León de Huánuco* [1562], II, p. 306.

cipales. Este era también el nivel donde se cultivaba la hoja de coca, pero las 2 cuerdas que referían estas obligaciones no estaban contiguas en el khipu cuando se registró.

Con las cuerdas 21 a 24 se volvía a las actividades relacionadas con las instalaciones del estado, a excepción de las que se referían al centro administrativo regional de los inkas en Huanuco Pampa, a dos días de camino desde el valle Huallagá. Allí, 68 familias chupaychus proporcionaban «guardas», un oficio que compartían con otros muchos grupos étnicos de la región, pero hasta ahora, las investigaciones arqueológicas no han sido capaces de determinar la situación del radio en donde se reclutaban para este gran centro de tipo urbano.

Ocho familias más enviaban porteadores, preparados para transportar cargas a lo largo del camino real. Únicamente consistían en dos paradas en el camino, una a 5 días de marcha hacia el sur y la otra sólo a un día. Las crónicas europeas cuentan que a estos porteadores se les podía confiar un solo día de transporte, pero algunos estudiosos del sistema de comunicaciones inka, como John Hyslop, ponen en duda este aspecto. Cuarenta hombres ancianos fueron designados como guardas «de las doncellas del Ynka»; eran las *aqlla*, las «escogidas» que tejían y cocinaban para las tropas que pasaban, en su camino hacia el norte.

La última cuerda leída, la número 25, nos remite a la agricultura y al valle próximo al hogar: 500 familias «sembraban y hacían otras cosas sin salir de sus tierras». Este es el mayor número registrado en los khipu y se refiere superficialmente a la misma clase de tareas que en la cuerda 13. En este caso, el maíz se cultivaba bien; había una importante cosecha suintaría y ceremonial. La cerveza que se elaboraba a partir de estos cultivos era indispensable para las ceremonias e institucionalizaba la «generosidad». Podemos suponer que los 40 indios de la cuerda 13, una familia de cada pachaka, eran los responsables durante todo un año, mientras que los 500

segurían el turno rotatorio como cultivadores. Todas estas múltiples actividades, sin tener en cuenta su diversidad, pueden resumirse en las prestaciones de la mita: el servicio militar, el cultivo, la construcción, que suponían todas ellas un gasto de energía que se realizaba en beneficio del estado por todos los grupos étnicos prácticamente incorporados al Tawantinsuyu. Ninguna de estas cuerdas significaba tener que dar o «pagar» nada de los propios recursos personales —si exceptuamos las tierras enajenadas inicialmente y que, en ese momento, se trabajaban en beneficio del estado, la corona y el Sol.

Sin embargo, había una excepción: las cuerdas 8 y 9 se ocupaban de los «que habían plumas» y recogían miel. Se trataba, pues, de productos no cultivados, que los jóvenes solteros entregaban («¿a quién?), como un subproducto de su trabajo cuidando el ganado y explorando el terreno, en beneficio de sus casas. En este sentido, «no había tributos» en la sociedad inka: los únicos productos en especie que se entregaban al estado los proporcionaban quienes no habían formado todavía su propia casa; los productos eran «crudos», según la dicotomía de Claude Lévi-Strauss. A la autenticidad no se le debía entregar nada «cocido», nada que se hubiera cultivado o manufacturado para la propia despensa particular.

El hecho de que las rentas del estado consistieran abundantemente en prestaciones en forma de energía, en tiempo empleado en beneficio del estado, dentro de una amplia gama de iniciativas, aparece claramente en los khipu de los chupaychus. Entre los testigos presenciales europeos, el que comprendió mejor todo esto fue Cieza

de León y el licenciado Polo. Ellos lo describen fielmente y contrastan esta carga con los tributos en especie que se imponían a las poblaciones andinas en la década de 1550. El mismo sistema de inspección de 1549 recoge también lo que los chupaychus entregaban en ese momento a Gómez Arias de Ávila, su encomendero. Este khipu consistía en una larga lista de sacos de hoja de coca, prendas de vestir acabadas, calzado europeo, tejidos, alimentos exóticos y aves de corral; todos ellos se esperaban entregar en especie. La yuxtaposición de las páginas inmediatas, al referir las rentas generadas de acuerdo con los principios andinos y europeos, no podía ser más dramática.

La rápida expansión de Tawantinsuyu en torno a unos 4.000 km desde el actual Ecuador en el norte hasta Chile y Argentina en el sur, llevada a cabo en menos de un siglo, introdujo cambios en las antiguas dimensiones fundacionales de la organización andina. Se crearon tensiones en las relaciones administrativas y religiosas. El gobierno indirecto, a través de los señores étnicos y los santuarios locales se volvió más difícil. La complementariedad ecológica operaba mejor allí donde no había una amplia red de mercados; las rentas del estado basadas en las prestaciones de la mit'a resultaban más fáciles de imponer donde las autoridades políticas de la región utilizaban tales tipos de rentas. Sin embargo, en torno al 1500 d.C., muchas de estas condiciones previas ya no eran obvias.

Los ejércitos de Cusco se encontraron con regiones desconocidas, de clima templado o ecuatorial y, por lo tanto, con unas circunstancias ecológicas nuevas. Así, al norte de Cajamarca, en Perú, las condiciones de la puna se sustituyeron por climas más cálidos y lluviosos, en los que nadie vivía a 4.000 m de altitud; en donde no podían hacerse reservas heladas y secas, las denominadas ch'uñu y ch'arki; y donde de la complementariedad ecológica, si se daba, se practicaba en menor medida y con carácter fuertemente local.

En la puna, donde existe la mayor densidad de población, los intercambios complementarios permanecían en manos del grupo étnico. El comercio y el trueque, si se producían, eran marginales, pues las caravanas de un solo grupo étnico relacionaban el núcleo político y económico con las colonias que tenían bajo control. Cuando las distancias eran cortas y los contrastes mínimos, los intercambios podían quedar en manos de las familias campesinas, pero también podían pasar a manos de los forasteros, algunos de ellos comerciantes profesionales. Roswith Hartmann ha subrayado que los modelos meridionales que seguían el principio de «sin mercado ni comercio», no se podía aplicar a todo el Tawantinsuyu.⁴⁹ Udo Oberem y Frank Salomon han demostrado que en la zona de Pasto-Carachi existían los *mindala*, es decir, especialistas en intercambios comerciales entre distancias largas y medias. Uno de los artículos suñuatos que vendían era la hoja de coca que los habitantes de las tierras bajas cultivaban en el norte, quienes no eran los colonos de las tierras altas; además se cortaban otros artículos ligeros de peso, aunque de gran valor. Salomon indica que los comerciantes distribuían de la protección política de los jefes étnicos de las tierras altas, y podían dedicar todo su tiempo al intercambio.⁵⁰

49. Roswith Hartmann, *Markt in alien Peru*, Bonn, 1968.
50. Udo Oberem, «El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana (siglo XVI)», en *International Congress of Americanists*, Actes. Paris, 1978, IV; Frank Salomon, «Systemes politiques aux marches de l'empire inca», en *MESQ*, 33/5-6 (1978), pp. 967-989.

En el norte, el Tawantinsuyu encontró la resistencia más violenta con que se había enfrentado. La tradición oral dinástica hace constar una y otra vez la necesidad de «reconquistar» los territorios al norte de Tumbipampa, la actual Cuenca. Estos desastrosos militares presumiblemente fomentados por el Inka para poner a prueba a los soldados de la invasión europea estos serían reemplazados para los cañaris, ex-rebelde de la zona, que se habían escogido para realizar obligaciones militares, prácticamente en dedicación exclusiva. Frank Salomon ha investigado los portadores de la expansión Inka en el norte, demostrando que el intento de imponer las instituciones sociales y económicas del sur resultó tardío y parcial.⁵¹

Las nuevas distancias largas que había que recorrer desde Cusco también hacían difícil, si no imposible, que los mitmaq ejercieran sus derechos residuales del «archipiélago» en su unidad política de origen. En 1532, la población se podía censar todavía en el khipu de su grupo de origen, pero si entonces estaban demasado alejados y sus nuevas obligaciones muy especializadas, la gente tendía a permanecer en donde se hubieran vuelto a instalar. Incluso la aparición y la victoria de los europeos no convencieron a algunos mitmaq para que regresaran a sus lugares de origen, a menos que procedieran de los grupos étnicos cercanos, como sucedía con los «mita» tejedores del estado en Huancané.

Otro factor que fomentaba la formación de asentamientos permanentes lejos de su base étnica eran los privilegios otorgados a los repobladores. En el valle de Huancané, las inspecciones de 1549 y 1562 consignaron las quejas de los recién llegados y sus descendientes nacidos allí, que tan pronto como el régimen Inka se derrumbó, los habitantes habían recuperado muchos de sus campos que se habían expropiado en beneficio de los mitmaq. Y todavía no hay pruebas de que ninguno de los demandantes regresara a sus propias regiones; simplemente, abandonaron la custodia de las fortalezas que les había encargado, volviendo a instalarse entre los nativos. Waldemar Espinoza ha publicado documentos sobre los rigurosos repoblamientos de colonias Inka, que se obligaban a hacer en la región de Abancay;⁵² un alto porcentaje de la población local fue deportada a otros lugares y sus terrenos cedidos a los mitmaq, algunos tan alejados como el actual Ecuador. Se tomaron medidas similares a lo largo de la costa, donde los Inka tuvieron ocasión de encontrar una seria resistencia: las sociedades que disponían de un sistema de irrigación local se habían desarticulado, un porcentaje más alto de las tierras costeras se habían expropiado para uso del estado, los habitantes de las tierras bajas no contaban con el ejército, imponiéndose los templos del culto solar. Se desconoce hasta qué punto los habitantes de las tierras bajas intervinieron en el tráfico por la costa, por medio de balsas, hacia las aguas cálidas del golfo de Guayaquil,⁵³ pero probablemente no permaneció sin alteraciones.

51. Frank Salomon, *Ethnic lords of Quito in the ages of the Incas: the political economy of north-Andean chiefdoms*, Cornell, 1978.
52. Waldemar Espinoza Soriano, «Colonias de mitmas múltiples en Abacany, siglos xv y xvi: una información inédita de 1575 para la etnohistoria andina», *Revista del Museo Nacional*, vol. 39, (Lima, 1973), pp. 225-299.
53. Marta Rosworowski de Diez Canseco, «Mercadores del valle de Chincha en la época prehispánica», *Revista Española de Antropología Americana*, 5 (Madrid, 1970), pp. 135-178; John V. Murra, «El tráfico de muela en la Costa del Pacífico», en *Formaciones económicas* (1975), 5).

Los casos más extremos de repoblación que el estado llevó a cabo van más allá de cualquier posible extensión del principio de complementabilidad ecológica. Compenden dos amplios valles productores de maíz, en Yucay y en Cochabamba. En ambos casos se deportó a la población abortigen, renovándose los habitantes.⁵⁴ Aparte de aceptar el principio de repoblación, se hizo ningún esfuerzo para representar este repoblamiento en términos aceptablemente ideológicos: las regiones abandonadas eran demasiado complejas para poder explicarlo en términos del «acceso a la máxima variedad de recursos».

En Yucay, cerca de Cuzco, el repoblamiento tuvo que hacerse con fines políticos: entre los que se transfirieron estaban los soldados con dedicación completa cooperados entre los rebeldes canchis del norte. Esta dedicación exclusiva a las obligaciones militares podría no tener precedentes en los Andes; pero como los charkas, a quienes se les sustituyó sólo 12 años antes de 1532, los canchis fueron reclutados entre las líneas étnicas, esperando poder cultivar todavía sus propios productos alimenticios cuando regresaran a casa.⁵⁵

En Cochabamba, el mayor valle de cultivo de maíz en todo el Tahuantinsuyu, la población local también fue expulsada, pero en este caso se dio un paso sin precedentes en el aumento de la productividad en la superficie cultivada por el estado. En tiempos del rey Wayna Qhapaq, inmediatamente antes de la invasión europea, el nuevo territorio abandonado se dividió primeramente en cuadrantes y cada uno de éstos en franjas, que se extendían «de cordillera a cordillera». Cada franja se asignaba a un grupo de lengua aymara de las tierras altas que habitaban desde el lago Titicaca al norte, hasta el desierto de Atacama en el sur; los cultivadores que proporcionaban no eran colonos mitimac sino *mit'ayaq*, enviados temporalmente por turnos. En cada cuadrante, por algunas hileras de maíz que se destinaban para alimentarnos. La mayor parte del trigo cosechado se enviaba al centro administrativo que los inkas habían construido en Parí, en el altiplano, y desde allí a Cuzco.⁵⁶ La situación del principio de los mitimac por una nueva modalidad de mit'a debió haber tenido implicaciones ideológicas que no han sido desveladas todavía.

En los últimos tiempos de los inkas se produjo otro cambio que tuvo al final consecuencias de amplio alcance: la aparición de poblaciones, con respecto a las que el estado rompió su afiliación y enumeración con respecto al grupo original. Estos pueblos dedicaban la jornada completa a los asuntos del monarca, y posiblemente incluso a los del estado. Ya se ha mencionado el caso de las mujeres aqlla, «elegidas» para tener un beneficio del estado y los reyes; Waman Puma supo que habían existido seis clases de aqlla con diferentes status y responsabilidades.⁵⁷ Prácticamente no se conoce nada sobre su organización interna, porque como resultado de actividades para los españoles las identificaciones (quienes las identificaban como monjas), desaparecieron casi inmediatamente después de 1532. La figura equivalente en los hombres eran los *yana*, a quienes se les destituyó de sus cargos y de la autoridad que ejercían en

54. Nathan Wachtel, «Les mitimacs de la vallée de Cochabamba: la politique de colonisation de Wayna Capac», *Journal de la Société des Américanistes*, Paris, 1980.
 55. J. Murra, «La Guerre et les rébellions», pp. 933-934.
 56. N. Wachtel, «Les Mitimacs».
 57. Guaman Poma de Ayala, *Nueva Córdoba y buen gobierno*, pp. 298-300 (300-302). 2).

los asentamientos tradicionales. A diferencia de las *aqlla*, constituían familias y trabajaban exclusivamente como artesanos, pastores y cultivadores.

Existen pruebas de que se asignaban criados *prelnkas* a las familias políginas de los señores étnicos. Una autoridad secundaria del valle de Hualhaga hablaba de cuatro *yana* locales: uno, que habitaba sobre el valle principal, cuidaba el ganado de los señores; el segundo trabajaba abajo, en los campos de hojas de coca; los dos últimos vivían en el mismo asentamiento con su señor y se ocupaban de sus múltiples intereses. Puede ser una simple coincidencia que el número de sus *yana* fuera el mismo que el de esposas.⁵⁸

Sin embargo, como se refleja en la tradición oral dinástica, la ideología *inka* existía que los *yana* fueran una innovación suya. Un «hermano» real, enviado para realizar una inspección en el reino y dirigir un censo, declaró haber ocultado la existencia de algunas poblaciones del *khípu*, con objeto de utilizarlas en un desafío dinástico ante el pariente que reinaba. La conspiración fracasó y la piel del hermano no se transformó en la de un tambor; las poblaciones que excluyó de su informe fueron consideradas rebeldes y por ello, debían ser aniquiladas. Se supone que la reina pudo detener la masacre haciendo ver a su esposo que los «rebeldes» podrían trabajar en beneficio de las haciendas reales. Debido a que el lugar donde esto sucedió se llamaba Yanayaku, entonces los criados denominaron *yana*, y algunas veces *yanayakus*.⁵⁹

Los cronistas europeos observaron a estas poblaciones cuando eran «hijas» de sus obligaciones étnicas y de parentesco, pues ya no se censaban en su *khípu* de origen. Mientras que muchos han afirmado que su status de servicio tenía carácter hereditario, no existen pruebas decisivas de esto: en una de las pocas menciones vertidas sobre su destino, los relatos antiguos afirmaban que únicamente el hijo del *yana* que fuera «adecuado» podría hacer bien su trabajo. El resto volvería supuestamente al lugar de origen étnico. Hay mucha fuerza en el testimonio como para interpretar que los *yana* eran esclavos.⁶⁰

Los intentos de presentar como privilegios lo que en realidad eran tareas duras y nuevos cambios en el status son anteriores a los *inkas* con toda probabilidad. El nombre de las *aqlla*, separadas de su grupo étnico y de sus futuros maridos, procedía de *yanapay*, es decir, asistir por completo, ayudar a alguien sin hacer un cálculo exacto de las ganancias. Los criados deportados veían su nueva actividad como una variante de la clase de obligaciones recíprocas más desinteresadas y que se realizaban por interés emocional.⁶¹ Es dudoso que nadie fuera admitido para trabajar en el estado *inka* por mecanismos verbales tan transparentes; todavía desconocemos mucho sobre estas poblaciones de criados. Una de las dimensiones más accesibles de su status y sus funciones sería su porcentaje entre la población total. Mientras el número dice total era aparentemente bajo (en torno al 1 por 100 de la población), este no

58. John V. Murra, «La vista de los *chupachu*».

59. John V. Murra, «Nueva información sobre las poblaciones *yana*», en *Formaciones económicas*.

60. Emilio Choy, *Antropología e historia* (Lima, 1979). Para el debate sobre el modo de producción que predominaba en 1532, véanse varios artículos reproducidos en Waldemar

61. John V. Murra, «Nueva información sobre las poblaciones *yana*».

Espinoza Soriano, ed., *Los modos de producción en el imperio de los incas*, Lima, 1978.

tiene que ser el único factor a considerar. Si bien la tendencia era a aumentar, y pese a que las «rebeliones» afectaron a su status, los yana fueron quienes presagiaron el futuro. En 1500 el Tawantinsuyu se había alejado completamente de los grupos étnicos autónomos que hablaban sus propias lenguas, adoraban a sus propios dioses y, como un grupo étnico, podían satisfacer gran parte de sus necesidades. Todo esto se veía afectado y, a la larga, amenazado con la aparición de los criados que trabajaban en dedicación exclusiva.⁶²

62. Para un tratamiento complementario sobre las sociedades andinas antes de la invasión europea, véase *HATC*, I, Wachtel, cap. 7, pp. 177-180.